

Josep Pla: biografía, autobiografía, autoficción

El escritor catalán Josep Pla (1897-1981) no ha tenido que pasar el mismo tipo de purgatorio crítico al que parecen condenados muchos creadores después de su desaparición. Más de quince años después de su muerte, una bibliografía heterogénea y apasionante ha ido recordando regularmente la figura de Josep Pla y afronta ya con el rigor necesario el cómo y el porqué de la compleja obra autobiográfica de un autor considerado demasiado a menudo como excesivamente unidimensional. Es cierto que a su larga y compleja evolución ideológica, al considerable número de anécdotas y de pequeñas leyendas que su biografía suscitó y a las polémicas sobre su discurso ideológico y sobre las manipulaciones y voluntarias deformaciones existentes en su obra sobre su propia biografía, no faltó nunca (como mínimo desde 1925, fecha de publicación de su primer libro) el apoyo incondicional de los lectores a sus libros.

Efectivamente, Josep Pla, autor polémico y polemista, sigue siendo hoy en día el escritor catalán más leído, pero sin duda es también el más controvertido, el más excéntrico y el más inclasificable de la literatura catalana contemporánea: «Ningún interés me liga a las fuerzas estáticas del país –ni en la posición que tienen hoy de cosa existente ni en la que tendrán mañana, de simple recuerdo. [...] Yo navego contra la corrupción de la corriente. Yo no soy un producto de mi tiempo; soy un producto contra mi tiempo», escribía en *El quadern gris*, su libro más importante, el 20 de junio de 1919¹. Aprovechándose de su presencia en la prensa, desacreditando mediante un uso insistente de la *boutade* y de la ironía las verdaderas características de su personalidad, Josep Pla consiguió proyectarse públicamente rodeado de los filtros necesarios para llegar a ser no sólo un escritor popular y de culto a la vez, sino también un personaje de gran dimensión social que aún hoy continúa suscitando en Cataluña una sorprendente idolatría de la que, como mínimo, puede decirse que ha tenido de positivo que ha evitado una mistificación ciega

¹ Cito a partir de la traducción castellana de Dionisio Ridruejo y Gloria de Ros, *El cuaderno gris. Un diario, publicada por Ediciones Destino, Colección Áncora y Delfín 464, Barcelona, 1975, p. 528-529.*

de su obra. Hoy, sesenta años después de la guerra civil española, las nuevas generaciones no pueden evitar estudiar su obra con la objetividad, el rigor y la distancia crítica indispensables para toda reflexión teórica. En este sentido, no pueden dejar de recordarse las palabras del crítico valenciano Joan Fuster, quien pedía a la crítica literaria el necesario aprendizaje que, *sine ira et studio*, debe permitirle admirar a un escritor sin necesariamente identificarse con su discurso ideológico². Con todo, el nombre de Josep Pla y sus opiniones aparecen día sí y día también en las páginas de la prensa de Barcelona y, en menor medida, de Madrid y son frecuentes las referencias de escritores y periodistas de lengua catalana (Baltasar Porcel, Terenci Moix, Josep M. Castellet...) o de lengua española (Camilo José Cela, Francisco Umbral, Antonio Muñoz Molina...) que reconocen en su obra, más allá de las divergencias ideológicas, a un escritor que presenta uno de los proyectos literarios más ambiciosos de la narrativa hispánica del siglo XX y que constituye el más fecundo ejemplo de la prosa catalana de este siglo, pieza inclasificable del canon literario catalán, sólo equiparable por su calidad a los narradores Víctor Català, Joaquim Ruyra y Mercè Rodoreda o a los ya habitualmente designados como cinco poetas clásicos del siglo, es decir, Josep Carner, J. V. Foix, Carles Riba, Salvador Espriu y Gabriel Ferrater.

Escritor y periodista, grafómano, viajero incansable, autor de unas obras completas de más de cuarenta volúmenes escritos en catalán, y de más de una docena de libros en castellano, gran lector de Montaigne y de Leopardi, incondicional de los moralistas franceses de los siglos XVII y XVIII, (especialmente de La Bruyère, de La Rochefoucault, de Voltaire, de Joubert), admirador de Lawrence Sterne y de Marcel Proust, seguidor entusiasta de la obra de Pío Baroja, de Ernest Hemingway y de Georges Simenon, corresponsal de prensa en París, Berlín, Londres y Madrid entre las dos guerras mundiales...: no son suficientes todas estas palabras para definir y resumir la obra de Josep Pla. Verdadero Sísifo, Josep Pla es un autobiógrafo que manifiesta una voluntad de totalización de la realidad a través de miles de páginas de escritura, gracias a una prosa bulímica y desbordante, a un estilo vivaz y sensual no exento de ironía mordaz y de cinismo, a una mirada penetrante sobre la realidad cotidiana que singularizan a una literatura concebida ante todo como un «esfuerzo contra el olvido». Sólo una vida obsesivamente dedicada a la escritura permite quizás comprender el alcance de una vocación apasionada a la que fatalmente el joven escritor tuvo que dedicarse. Así lo definía él mismo en uno de los párrafos más importantes de *El quadern gris*, fechado el 23 de diciembre de 1918: «Es objetivamente desagradable no sentir ninguna ilusión –ni la ilusión de las mujeres, ni la del dine-

² Joan Fuster, «Els inèdits d'en Pla», en Serra d'Or, junio 1981, p. 44.

ro, ni la de llegar a ser alguna cosa en la vida—, nada más sentir esta secreta y diabólica manía de escribir —con tan poco resultado—, a la cual sacrifico todo, a la cual, probablemente, sacrificaré todo en la vida. Me pregunto: ¿qué es preferible: un pasar mediocre, alegre y conformado o una obsesión como ésta, apasionada, tensa, obsesionante?».

Josep Pla presenta uno de los pocos ejemplos de la literatura hispánica contemporánea de construcción de una verdadera obra-vida a través de un complejísimo proceso de automitificación que se desarrolla en un flujo ininterrumpido de escritura que acompaña a la vida y a la memoria del escritor y que sólo la muerte parece haber sido capaz de interrumpir. Además, Josep Pla es un prosista que empieza a publicar en un momento, a mediados de los años veinte, en que puede constatarse una cierta «crisis de la ficción» que le obligó a reflexionar y a tratar de manera muy personal las relaciones entre la ficción y la realidad, entre la experiencia imaginaria y la experiencia vivida. Para todos los escritores como Josep Pla en quienes la crisis de la novela se manifestó ante todo como una crisis de la ficción, las formas autobiográficas terminaron presentándose como un verdadero sustituto, como un *recurso* narrativo completo. Dentro de esta evolución perceptible de las formas novelescas hacia las formas autobiográficas, que acabó originando una ficción autobiográfica en detrimento de la ficción novelesca estricta, la obra y el pensamiento literario de Josep Pla se consolidaron como un ejemplo literatura caracterizada por el signo omnipresente de la autobiografía, ya que el escritor es su único protagonista, y que presenta una eficaz cohesión. Compuesta esencialmente de falsos diarios íntimos, de narraciones pseudoautobiográficas, de libros de viajes más o menos reconstituídos, de retratos y de numerosos autorretratos, de crónicas políticas y de biografías, la obra de Pla constituye un ejemplo de autobiografía polimórfica que no cesa de interrogar constantemente al lector al situarse voluntariamente, pero siempre de forma problemática, en un espacio autobiográfico en el que toda desviación a las reglas y a las leyes del género parece ser la norma. Pero se equivocaría quien tomara a Pla por un simple polígrafo, por un curioso forzado a la superficialidad, porque existe también un Pla autor de novelas, un narrador excelente generalmente negligido por la crítica, un Pla autor de ficciones pseudoautobiográficas que se divierte jugando a desvirtuar las reglas más rígidas de la historia de la literatura para elaborar una obra literaria que no parece pertenecer a ningún género literario pero que los integra y los desborda a todos a la vez.

Durante toda su vida, Josep Pla se forjó una biografía propia, un conjunto de imágenes sucesivas que él mismo se encargó de divulgar insistentemente, presentándose primero como un simple periodista y, posteriormente, con la máscara que le aportaría una mayor audiencia: la del payés socarrón del Ampurdán. Como una anguila, Pla hizo de la ambi-

güedad y de la metamorfosis, de la ironía y de la irresponsabilidad, los principales elementos de su presentación pública, mostrando una predilección especial por todo lo que se relaciona con la máscara y la simulación. De libro en libro, de polémica en polémica, su escritura se mostró como un medio para conocerse y para disimularse, un ejemplo de escritura egotista en la que la verdad y la sinceridad jugaron siempre un papel subordinado al de la verosimilitud. Pla, que se sirve de la célebre frase de Stendhal, atribuida a Saint-Réal, según la cual la novela *c'est un miroir qu'on promène le long du chemin*, pretende concebir su obra únicamente como espejo de su vida y consiguió crearse un personaje ante el cual se hace hoy en día difícil deshacerse del conjunto de imágenes, de tópicos y de toda clase de anécdotas que rodean su existencia y que esconden su verdadera personalidad. No debe ser inútil el fijarnos en este detalle: si Pla no hace más que presentarse como un autobiógrafo o como un memorialista, la ausencia reiterada en su obra de algunos de los aspectos básicos de su biografía (por ejemplo, de su infancia y adolescencia, o el secreto que envuelve su relación con la mujer con la que vivió durante más de quince años de la que nada dice en su obra y con la que los biógrafos no saben siquiera si se casó) o las deformaciones, plagios y «mentiras al servicio de la realidad» que el lector encuentra en sus escritos bastarían para ilustrar la distancia evidente que parece existir entre su biografía y su obra pretendidamente autobiográfica y la necesidad de establecer unos nuevos parámetros de estudio de su obra en los que hay que reconocer que, como para la obra de Fernando Pessoa (un escritor con el que presenta paralelismos inauditos), las escrituras del yo, como todas las formas de la memoria, se rigen por procedimientos narrativos comunes a la narrativa de ficción. Las últimas novedades que presenta la bibliografía especializada sobre la vida de Josep Pla, cegada quizás por el intento de encontrar en su vida la razón de ser de su obra, no han hecho más que aumentar los misterios, los enigmas y las sombras que envuelven a un hombre del que podríamos afirmar (como así lo hacía el crítico francés Gérard Genette sobre Stendhal) que nadie sabe exactamente a quién veía, qué libros escribió realmente o qué viajes realizó en concreto.

Aunque Josep Pla dejó siempre sin respuesta la cuestión del estatuto genérico de su obra, el autor no quiso nunca considerarse un novelista, sino más bien un autobiógrafo que se adhería casi de forma militante a un concepto de la literatura fundado en la observación y en la descripción de la realidad. De ahí que ciertos juicios sobre la obra de Pla destaquen sobre todo el aspecto visual, el detallismo, el estilo vivaz, de gran colorido plástico de sus descripciones, y que algunos elogios, como el de Claudio Guillén, se emitan siguiendo la fórmula horaciana del *ut pictura poesis*: «Uno de los paisajistas más intensos de nuestro siglo es el extra-

ordinario prosista catalán Josep Pla, que admiró a muchos artistas (Rusiñol, Manolo), pero que ante todo miró, vio y escribió con pasión, con inagotable capacidad de atención a la vida»³. Porque Pla, efectivamente, insiste, y lo ha leído y creído así desde siempre la crítica literaria catalana, al menos hasta hace poco años, en presentarse como un autor «realista», como un ejemplo de literatura referencial, a medio camino entre la escritura memorialista, la crónica y el reportaje periodístico, eligiendo siempre términos propios a la literatura del yo como «memorias», «larga autobiografía» u «hojas de un vasto diario íntimo» para afirmar su identificación con este tipo de escritura. Influido por el memorialismo del duque de Saint-Simon y por los dietarios, libros de viajes y textos autobiográficos de Stendhal, e inclinado como Proust al análisis, la memoria y la evocación de ambientes y figuras, Josep Pla elegirá, también según Claudio Guillén, «los cauces de la literatura en apariencia no imaginaria para penetrar y poseer la complejidad de la experiencia vivida»⁴.

La mayor parte de los escritos de Josep Pla presentan como eje unificador del texto una cierta técnica narrativa del yo. De esta forma, el buen lector reconoce inmediatamente un texto de Pla, y el buen lector de Pla sabe que leer sólo un fragmento de sus obras es suficiente para conocer toda su escritura. Los textos de Pla, a menudo fragmentarios, «descosidos», en los que la descripción se alterna constantemente con la narración, en los que los párrafos se suceden en un aparente desorden, poseen como único pretexto unitario el funcionamiento de un yo literario, de un yo narrativo que comunica los distintos niveles textuales y que asegura, por encima de todo, su unidad y su coherencia. Está pues fuera de dudas que, desde el punto de vista del sistema general del texto, la obra de Josep Pla se inscribe dentro de las modulaciones de la escritura o del pacto autobiográfico. El uso de la primera persona narrativa permite al escritor hacer coincidir, aunque de forma problemática, al sujeto de la experiencia con el sujeto de la escritura. De esta manera, puede decirse que toda forma de escritura del ego de Josep Pla es siempre la de un *ego scriptor*. Desde su adolescencia, Pla se propone hacer avanzar la vida y la escritura al mismo ritmo. Joan Fuster fue el primer crítico que utilizó, en un sentido admirativo, el concepto de grafomanía para expresar la sorpresa que producen las dimensiones de la obra de Josep Pla. Sólo una vida obsesivamente dedicada a la escritura permite quizás comprender el alcance de una vocación apasionada a la que fatalmente el joven escritor

³ Claudio Guillén, *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada*, Barcelona, *Crítica*, p. 127.

⁴ Claudio Guillén, «Sobre las semblanzas de Josep Pla», en *Actes del segon col·loqui d'estudis catalans a Nord-amèrica* (Yale, abril), Barcelona, *Publicacions de l'Abadia de Montserrat*, 1982, p. 275.

tuvo que dedicarse. Así lo definía él mismo en uno de los párrafos más importantes de *El quadern gris*, fechado el 23 de diciembre de 1918: «Es objetivamente desagradable no sentir ninguna ilusión –ni la ilusión de las mujeres, ni la del dinero, ni la de llegar a ser alguna cosa en la vida–, nada más sentir esta secreta y diabólica manía de escribir –con tan poco resultado–, a la cual sacrifico todo, a la cual, probablemente, sacrificaré todo en la vida. Me pregunto: ¿qué es preferible: un pasar mediocre, alegre y conformado o una obsesión como ésta, apasionada, tensa, obsesionante?»⁵.

La principal originalidad de la autobiografía de Josep Pla proviene del hecho de que el elemento retrospectivo, el esfuerzo de anamnesis, no es dominante ni exclusivo. La obra de Pla es una especie de autobiografía impura, *in progress*, en movimiento, un proyecto de juventud que se desarrolla fragmentariamente, que se renueva en cada edición, y que encuentra en el dietario, en el diario íntimo, el ejemplo ideal para manifestar su funcionamiento de escritura. Es cierto que normalmente no se acepta la noción de relato para el dietario, porque éste, a diferencia por ejemplo del relato autobiográfico, no es retrospectivo, no está escrito con posterioridad, sino que adopta la inmediatez del presente; pero es que mayoritariamente a partir del presente Pla desarrolla en su literatura una cierta poética de la presencia. Como convención genérica, el dietario es una forma libre que permite una escritura discontinua, poco codificada. *El quadern gris*, su dietario más significativo, es un texto en el que un narrador autodiegético con el mismo nombre que el elemento extratextual, el autor, presenta en forma de dietario de juventud una serie diversa temática y formalmente de textos. Pues bien: hoy en día sabemos que este dietario es en realidad un falso dietario, un texto reconstituido cuarenta años más tarde, manipulado a conciencia, retocado, ampliado o mutilado. Se trata de un pretendido dietario íntimo de juventud correspondiente a los años 1918 y 1919 en el que un joven escritor llamado Josep Pla sufre dolorosamente su entrada en el mundo de los adultos y persigue con tenacidad y ansiedad su ambición de convertirse en escritor. Publicado en 1966, la crítica tardó en comprender que este supuesto diario íntimo era en realidad la síntesis cronológica y temática de toda la obra que Pla había publicado desde los años veinte. Al contrario de otros diaristas, su pretendido dietario no es la cantera temática y estilística de donde sale el resto de la obra sino, como ha demostrado Joaquim Molas⁶, el texto central de un escritor que, al final de su vida, escoge el dietario como estructura formal para recuperar textos publicados en el pasado, caracterizados por su extrema variedad, e incluirlos, siguiendo

⁵ Josep Pla, *El cuaderno gris. Un dietario*, op. cit., p. 325.

⁶ Joaquim Molas, «Notes sobre El quadern gris de Josep Pla», en *Miscel·lània Sanchis Guarner, I, València, Universitat de València, 1984*, p. 225-232.

las convenciones formales del género, bajo las imprescindibles inscripciones temporales y espaciales. Las fechas de este supuesto dietario son, en su mayor parte, falsas, es decir no corresponden a un orden cronológico verdadero, los anacronismos son frecuentes y las incongruencias evidentes⁷. Sin embargo, las falsas fechas sirven para estructurar el texto, para marcar un ritmo de escritura y de lectura y, paradójicamente, son un orden cronológico sospechosamente perfecto que en vez de suponer una adhesión a la realidad, a la espontaneidad y a la verosimilitud de la escritura son la muestra más evidente del carácter artificioso y ficticio de este libro. Existen, en fin, cada día más indicios que nos permiten afirmar que la imagen que el lector se puede construir de la vida del autor de este diario íntimo no coincide con la realidad biográfica de dicho autor en el mismo período⁸. Es sabido que para que un texto sea considerado autobiográfico existe una condición *sine qua non*: debe producirse la identidad nominal entre el autor, el narrador y el personaje protagonista de la historia. Sin embargo, la lectura de la obra de Josep Pla, a partir del ejemplo de *El quadern gris*, demuestra que la existencia de esta identidad de nombre no significa necesariamente que este Josep Pla narrador que relata desde el presente de la enunciación la llegada del Josep Pla personaje al mundo de la literatura tenga algún parecido con el Josep Pla autor, dotado de una biografía civil verificable.

La literatura de Pla pone pues en cuestión las relaciones con el referente y con la verdad, y representa una clara transgresión al indispensable pacto referencial que define a toda obra autobiográfica, ya que la autenticidad de lo vivido no está nunca asegurada y porque las relaciones entre lo real y lo imaginario son extremadamente complejas. Un segundo ejemplo será quizás suficiente para ilustrar esta característica de su escritura. En la narración «Records de Florència» (*La vida amarga*, O. C. 6) Pla explica el viaje que realizó en el verano de 1921 a Florencia. En realidad, hoy se sabe que fue en el verano de 1922 cuando Pla viajó a la ciudad italiana. Este error cronológico no tiene ninguna importancia desde nuestro punto de vista, pero no conviene tampoco olvidarlo ni negligirlo. «Records de Florència» es aparentemente un relato autobiográfico. Un narrador en primera persona rememora con más o menos precisiones y detalles su estancia de varias semanas en la ciudad, evoca algunas anécdotas ocurridas al grupo de artistas e intelectuales catalanes que se encontraban en aquel momento en Florencia, recuerda algunas de sus lecturas preferidas sobre la literatura de viajes (Vasari, el presidente Des Broses, Goethe, Stendhal...) o sobre crítica de arte (los libros de

⁷ Véase la monografía que Lluís Bonada dedica a *El quadern gris*, Barcelona, Empúries, 1985.

⁸ Véase nuestro prólogo al volumen de correspondencia de Josep Pla: *Cartes a Pere*, Barcelona, Destino, 1996.

Benedetto Croce y Bernard Berenson, que tanto influyeron a Pla), etc. «Records de Florència» es una narración que no merecería ningún interés particular desde el punto de vista del análisis de lo que proponemos llamar autoficción si no fuera porque, en las últimas páginas, presenta un episodio que atrae poderosamente nuestra atención: se trata del supuesto *encuentro* de Josep Pla con el pintor impresionista francés Pierre-Auguste Renoir. En efecto, Josep Pla no sólo afirma haber visto al pintor, sino que asegura con gran precisión y detalle que lo vio, que se acercó a él, que lo siguió, que hablaron y que entablaron una conversación sobre el arte italiano del Renacimiento. A partir de los indicios que posee (Florenxia, año 1921, el escritor Josep Pla recuerda haber visto al pintor Renoir, etc.), el lector podría continuar leyendo la narración en un registro realista-referencial-autobiográfico, pero pronto puede darse cuenta de que este texto es mucho más malicioso de lo que parecía. Este episodio, intensamente codificado desde el punto de vista autobiográfico, no pasaría con éxito la prueba de verificación que se supone a cualquier texto autobiográfico, porque la «realidad» histórica de los hechos desmiente categóricamente lo que Pla explica o pretende explicar como verdadero. Es decir: es imposible, desde el punto de vista de la fidelidad y del respeto a los hechos, que Pla se encontrase, viese o hablase con Renoir en Florenxia en 1921, porque el pintor Renoir murió en 1919.

Lo que sí es interesante señalar, en cambio, es que Josep Pla se inventó un episodio que es protagonizado por un personaje llamado también «Josep Pla». Es decir que en un texto imaginario el escritor da su nombre a un personaje que es también el narrador de la historia. Pla implica constantemente su nombre en su literatura, pone en juego su identidad en un sentido estricto, y esto no tiene ya nada que ver con la literatura meramente autobiográfica. El narrador, identificado hasta el momento a un yo real, es de hecho un yo que debe ser tratado como ficticio. Pero lo que hace inclinar la escritura de Josep Pla hacia la autoficción, es que éste aparece siempre sin máscara alguna o *alter ego*, y la identidad nominal existente entre el autor y el narrador favorece la identificación total entre las dos instancias. En este tipo de literatura lo que importa es el resultado final, porque el lector, si no dispone de los datos históricos exactos, difícilmente se da cuenta de nada. Esta es la característica común a toda la obra de Josep Pla y, leída desde esta perspectiva, éste puede ser uno de los aspectos más sugerentes y más innovadores de su literatura.

Como es sabido, que un escritor utilice su existencia, su memoria, su biografía, para elaborar una obra narrativa de ficción es un fenómeno corriente. Que Josep Pla pertenece a esta categoría de escritores parece incontestable puesto que insiste explícitamente en narrar su propia vida. Pero, aunque no podamos decir realmente que Josep Pla sea un autor de

ficciones, ya que entre la referencialidad y la ficción, parece imponerse siempre la autobiografía, sí podemos defender en cambio que Josep Pla es un autor que adapta con una gran libertad el registro autobiográfico, sin respetar nunca exclusivamente las exigencias de verificación, de fidelidad o de exactitud, para elaborar una obra que es la recreación de una experiencia vivida pero que no es esta misma vida y en la que bien podríamos decir que el protagonista es y no es Josep Pla. El proyecto autobiográfico de Josep Pla parece ser un ejemplo más de los múltiples avatares de las formas literarias autobiográficas, ya que se sitúa en una ambivalencia irreductible, en la intersección de dos trayectorias, la de la autobiografía y la de la autoficción.

Xavier Pla Barbero